

¿PUNTO FINAL?

Alguien me dijo un día que las cosas que te cambian la vida suceden en un instante. ¡Tenía razón!

Soy una persona tranquila, de gustos sencillos, aunque hay algunas cosas en mi naturaleza que, a veces, resultan difíciles de entender. Esto hizo que decidiera abandonar mi ciudad buscando un lugar más amable en el que vivir.

Encontré un pueblo apacible, a la orilla de un río en el sur de Europa. Me establecí. Vivía feliz. Era apreciado y respetado por los vecinos que aceptaron sin dificultad a un caballero venido de un país lejano en busca de un mejor clima.

Gozaba de una posición económica desahogada, podía satisfacer mis pequeños vicios sin dificultad... Habría podido seguir así eternamente, pero hay cosas que no siempre puedo controlar.

Una mañana recibí la visita del señor alcalde. Un grupo de notables había organizado una recepción en honor del Conde de Cabrerías, capitán del Regimiento de Granaderos de Alandetti, enviado años atrás a la frontera húngara para investigar y desenmascarar al culpable de unos terribles sucesos acaecidos por aquel entonces.

Años después el conde todavía seguía estremeciendo a la audiencia con el relato de los testimonios de los campesinos de la zona. Dada la proximidad con mi localidad natal, a los notables les pareció una estupenda idea que el conde y yo nos conociéramos.

No pude rechazar la invitación a pesar de la inquietud que me causaba.

Vestido con mis mejores atavíos, asistí a la recepción. Un poco después, anunciaban al invitado de honor.

El Conde de Cabrerías realizó una aparición verdaderamente teatral vestido con su uniforme de gala de capitán de granaderos acaparando la atención general de todos los asistentes.

La mía no. Otra aparición acaparó completamente mi atención.

Tras él, apareció el ser más adorable y perturbador que había conocido en toda mi vida. Agitó su melena roja dejando al descubierto un cuello que semejaba un faro en una noche oscura mientras levitaba clavando el volcán de sus ojos en los míos.

El mundo se paró de repente. Generalmente me gusta ir poco a poco cuando cortejo a una mujer pero en aquella ocasión volé literalmente hacia ella, arrancando de camino un par de copas de champán de la bandeja de un camarero y le juré amor eterno mientras ponía una copa en su mano.

A pesar del resplandor que la envolvía, pude ver reflejado en uno de los espejos de la sala al Conde de Cabrerías mirando fijamente el vacío de mi figura en el espejo.

Las mujeres arrebatadoras siempre me hacen perder el norte. A pesar de ello, nunca debería haber olvidado las precauciones que, dada mi condición, debía tener en salones llenos de espejos y lo que nunca, nunca, debería haber hecho era jurarle amor eterno a la prometida del Conde de Cabrerías.

Tomando entre mis brazos a aquella adorable criatura, salté por la ventana esquivando una lluvia de cabezas de ajo y estacas puntiagudas.

Pronto comencé a escuchar tras de mí carreras, gritos, ladridos y relinchos. El Conde de Cabrerías, como ya había hecho hace unos años, organizaba mi cacería.

Mi adorada era ligera como una pluma, así que, mientras corría llevándola en mis brazos, aproveché para reiterarle mi encendida pasión y de paso alabarle ese cuello tan magnífico sobre el que deseaba ardientemente posar mis labios y, ya de paso, mis incisivos.

Poco a poco las voces fueron perdiéndose en la lejanía. Aproveché un claro en el bosque iluminado por la luna, para depositar suavemente aquel ángel sobre el musgo.

Parecía haber perdido el sentido. Me quedé contemplándola hasta que aleteó sus pestañas y sus ojos volcánicos iluminaron la noche.

- ¡Qué espectáculo!
- ¡Qué belleza!
- ¡Qué reflejos tan embriagadores formaba la luna sobre el cañón de su pistola!

Mis recuerdos a partir de ese momento son un poco confusos. Recuerdo vagamente una estaca puntiaguda atravesando mi pecho.

Sin duda, queridos lectores, pensaréis que aquí debería haber acabado la historia pero mi adorado ángel ignoraba que mis siglos de vida y mi naturaleza enamoradiza habían hecho que no quedara ni un solo trozo de corazón lo suficientemente grande como para clavar en él una estaca. Ignoraba eso y una rara afección llamada dextrocardia por la que mi corazón se encuentra en el lado derecho de mi pecho en lugar de en el lado izquierdo.

En vista de la situación, decidí hacerme el muerto.

El conde, capitaneando a mis captores, mandó cargar mi cuerpo envuelto en cadenas en un carramato. A pocos kilómetros de allí, cerca de un río, sobre una loma aislada, había una iglesia medio abandonada: La antigua iglesia de la Asunción. Ese sería mi destino.

Bajo su suelo, habían dado sepultura a un gran número de monjes y hombres santos, Seguro que colocándome entre ellos, mi no muerte permanecería confinada allí por el resto de los tiempos.

Sin más dilación y con mi ángel de pelo rojo a la cabeza, emprendimos la marcha entre salmos y oraciones.

Poco tiempo después, habíamos llegado a la iglesia. Levantaron el suelo y, tras cubrirme de crucifijos, me colocaron entre un par de abades y otros tantos monjes.

Mi adorada, antes de volver a tapar el agujero, me dedicó su mejor sonrisa, vació su pistola sobre mi pecho y volvió a atravesarme con una estaca.

- ¡Qué mujer!
- ¡Nunca la olvidaré!

A partir de aquel momento, los años se me hicieron largos. Yo estaba sumido en una especie de sueño. Lo que no pudieron estacas y crucifijos, lo lograron aquellos hombres buenos que me rodeaban.

A lo largo de los años siguientes, pasaron muchas cosas a mi alrededor. La mayoría sólo puedo imaginarlas.

Durante un tiempo, los ritos religiosos siguieron produciéndose. En mis momentos de lucidez, oía pasos sobre mi cabeza y cánticos entusiastas. Otras veces sólo veía una melena roja agitándose y un cuello blanco, semejante a una columna de mármol, brillando bajo la luz de la luna. Creo que lo soñaba. Teniendo en cuenta que había vaciado una par de veces su pistola sobre mi pecho y hundido varias estacas en mi plexo solar, creo que había idealizado su recuerdo.

Tras unos años tranquilos, vinieron tiempos oscuros. Gritos desgarradores, lamentos, ruido de cañones. El olor a muerte y desesperación lo inundó todo. Las guerras no son buenas ni siquiera para mí.

Los gritos y lamentos cesaron. Durante un tiempo sólo hubo silencio.

Un buen día, los tiempos de silencio terminaron. Volví a oír pasos y cánticos religiosos y mis cadenas cayeron. Ya no estaba enterrado en sagrado. Volvía a ser libre.

A partir de ese momento, las cosas empezaron a ocurrir muy deprisa. Yo, aprovechaba mi reciente liberación para vagabundear discretamente por la zona. Un día una doncella despistada, otro una pareja buscando intimidad, me servían para aplacar mi naturaleza.

Nadie me recordaba y para que nunca nadie volviera a recordarme, mis incursiones eran muy prudentes. Además, mis años en tan santa compañía me habían vuelto

frugal. El sabor de la sangre me resultaba demasiado salado y, por el contrario, descubrí las maravillas del brócoli.

Salvo aquellas escasas incursiones, seguía pasando el tiempo entre mis silenciosos compañeros. La vida o la no muerte sin mi ángel no tenían mucho sentido para mí.

Tiempo después de que mi morada dejara de ser sagrada, el olor a cereal comenzó a invadirlo todo. Ya no olía ni a mirra y ni a aceites. El olor a trigo, cebada y maíz impregnaba todo a mi alrededor.

Con el olor a cereal vino el ruido de pesados carruajes que entraban y salían sin parar. Aquellos fueron malos tiempos. Demasiado movimiento.

Un día, pasó lo que tenía que pasar y el suelo se derrumbó sobre nuestras cabezas junto con un pesado carronato de enormes dimensiones. Camión lo llamaron.

A continuación, gritos de sorpresa seguidos por gritos de terror y después la desbandada general. Yo aproveché aquellos momentos de confusión para tomar un ligero tentempié de la garganta de una funcionaria del Servicio Nacional del Trigo e intercambiar mis ropajes con uno de los santos varones.

Después de esto, me metieron en una caja, me llevaron a una sala enorme donde nos limpiaron y acicalaron y, finalmente, dado mi porte, donaire y aspecto deslumbrante, me colocaron en una urna de cristal en un sitio preferente.

Son buenos tiempos. El ambiente es mucho más saludable y el sol ha puesto algo de color en mis mejillas. Paso los días entretenido contemplando a los visitantes y algunas noches salgo a satisfacer mi naturaleza.

Nada perturba mis días. Podría seguir así hasta el fin de los tiempos.

- ¡Qué equivocado estaba! ¡Ha sido un día maravilloso!

Hoy, fuera de horario de visita, ha venido uno de los nuevos notables. Las visitas a la antigua iglesia, hoy convertida en museo, son todo un éxito y en el mundo se habla de nosotros. Van a hacer una campaña de una cosa que se llama “merchandising” y han traído a una experta para que nos conozca y se documente.

- Os preguntaréis: ¿Qué tiene eso de maravilloso?

Nunca imaginé que mi ángel de pelo rojo volvería. O su tatara nieta, ¡qué más da!

- Creo que me ha reconocido. Me ha vuelto a sonreír.
- Esta noche terminaremos aquel baile.
- Espero que esta vez no lleve pistola.